

«Don Roldán llegó a la torre oscura» de Robert Browning

Carlos Jiménez Arribas

Robert Browning (Camberwell, sur de Londres, 1812) encontró en el hogar paterno una biblioteca amplia y variada, y desde muy pequeño fue autodidacta. Cuando apenas tenía quince años, leyó a Shelley, todavía fuera del canon, y el autor de *Prometheus Unbound* le marcó profundamente. Sus primeros poemas fueron estimados más tarde, y casi siempre como valioso sustrato prometedor de la obra por venir. Tras unos primeros años entre bastidores, expuesto a los parlamentos de actores y las didascalias de dramaturgos, orienta su producción poética hacia el discurso dramático, uno de sus mayores logros y quizá la marca más característica e influyente de la poesía de Robert Browning. Hay que decir, no obstante, que éste no es invención exclusiva de Browning. Si sus primeros poemas en esta línea, «Porphyria's Lover» y «Johannes Agricola in Meditation», aparecieron en 1836 en *The Monthly Repository*, ya antes, en 1833, ante un grupo de amigos, había leído Tennyson el poema «St. Simeon Stylites», su primera aportación al respecto. Una nueva forma de entender y respirar el poema cuaja en la década de 1830 en Inglaterra. El énfasis puesto por los grandes actores shakespearianos en el monólogo como perla de lirismo, más que en las categorías aristotélicas que supeditaban el personaje a la acción dramática, anticipan y explican esta nueva forma de poesía.

Tal y como cuaja en «Porphyria's Lover», por ejemplo, el monólogo dramático se presenta como un parlamento que profiere en voz alta el personaje protagonista, por lo general ante otro u otros que intervienen en el discurso siempre de manera indirecta, acotados, por así decir, por quien a ellos, y a nosotros se dirige. Las implicaciones morales de esta disposición, a medio camino entre la justificación y el confesional, no en vano se ve en este último un posible precedente, han sido objeto de debate por parte de la crítica. En ejemplos posteriores puede faltar algún elemento, como el personaje secundario. Es el caso de «Don Roldán llegó a la torre oscura», poema con interlocutor no explícito, a no ser que queramos ver en él el paisaje. No parece gratuito que este

poema, en el que se prescinde de destinatario, sea el más visionario. Por lo demás, el discurso es siempre en voz alta, y las didascalias, las acotaciones introducidas aquí y allá con maestría por parte del poeta como referencia al mundo en torno, sirven, entre otras cosas, para ubicar el género dentro del ámbito lírico: funcionan a modo de tope de realidad para que el discurso no derive hacia pura corriente de pensamiento.

Con el dominio del monólogo dramático ya en su equipaje, a finales de los años treinta, el poeta inicia sus primeros viajes a Italia, alguno tras las huellas y cenizas del admirado Shelley, y la topografía y el paisaje trasalpino comienzan a poblar sus poemas. Ya en la década siguiente se data el inicio del cortejo a Elizabeth Barrett, germen de otra de las obras más leídas de Robert Browning: su correspondencia con la poeta, culminada en matrimonio clandestino y posterior huida de Inglaterra. Para cuando los Barrett se enteraron, los Browning ya estaban en París rumbo a Italia. Fue en 1846, apenas un año después de las primeras cartas. Establecidos en Florencia, allí escribieron lo más aclamado de la producción de ambos, de muy diversa factura e implicación ideológica y estética, no obstante. Ella, el poema-novela *Aurora Leigh* (1856), una inmersión en los tiempos y espacios convulsos que les tocó vivir. Él, su libro más reconocido por parte de la crítica posterior, pues sus contemporáneos mostraron una indiferencia que debió de doler y desconcertar a Browning: *Men and Women* (1855), ajeno al trasunto más identificable con el sitio y el momento, pero una suerte de culminación como obra poética.

Tras la muerte de Elizabeth, en 1861, Browning regresó con su hijo a Inglaterra, donde poco a poco le llegó el reconocimiento. La crisis que el fallecimiento de su gran amor provocó en el poeta se cuela de manera implícita en *Dramatis Personae* (1864); un libro con poemas de muy diversa factura y efecto. La recepción fue, no obstante, más favorable que en entregas anteriores. Tras ello, Browning se embarca en su proyecto más ambicioso, *The Ring and the Book* («El anillo y el libro»), la recreación del asesinato de una joven a manos de su esposo, un noble, mayor que ella y arminado, en el Setecientos italiano. El largo poema lo forman diez monólogos que ofrecen testimonio caleidoscópico de los hechos. Publicado en cuatro volúmenes entre 1868 y 1869, el antecedente histórico fascinó a Browning desde su primer encuentro con el caso a través de unos legajos adquiridos en un mercado callejero. Varios títulos honoríficos en las universidades más prestigiosas de Inglaterra, su presencia en las cenas y eventos de mayor renom-

bre, la fundación de Sociedades Browning cuando aún vivía, o el reconocimiento del laureado Tennyson son muestras de una sociedad que se pliega para asimilar a uno de los suyos largo tiempo en el exilio. Quizá por lo tardío de este reconocimiento, el poeta, que sin duda se dejaba querer, no daba el perfil psicológico del autor de su obra ante los ojos de un testigo de excepción: Henry James, el estadounidense impresionable que no acababa de ver a quien escribiera *Men and Women* detrás de esa figura popular y parlanchina, directa y cordial.

En sus últimos años, Browning viajó con frecuencia a Francia e Italia, y frutos de ello son algunos poemas inspirados. El último tramo de su obra, no obstante, en el que hay títulos tan variados como *Dramatic Idyls* (1879, 1880), *Parleyings with Certain People of Importance* (1887), o *Asolando* (1889), no goza de aclamación general por parte de la crítica, dividida entre aquellos que ven en el Browning final una pérdida de inspiración y poder imaginativo, caso de T. S. Eliot, y una revisión al alza por parte de críticos posteriores, quienes valoran su experimentación constante con las categorías de género y estilo. Robert Browning murió en Venecia, en el transcurso de uno de aquellos viajes que siempre acababan recalando en la ciudad de los canales, en 1889. El último día de aquel año, fue enterrado con todos los honores en el rincón de los poetas de la catedral de Westminster.

El primer poeta postromántico

Robert Browning es hoy considerado prácticamente con unanimidad el mejor poeta inglés postromántico. Esto no fue siempre así. La primera mitad del siglo XX le escamoteó bastante de su grandeza. Los influyentes críticos del *New Criticism*, por ejemplo, le negaron el saludo hasta la mitad de la centuria, bien que al final se le compensara con creces y fuera todo un clásico la obra que invirtió esta tendencia: *La poesía de la experiencia*, de Robert Langbaum (1957). Pero sin duda a su restitución han contribuido los diversos estudios que le ha dedicado, a partir de los años setenta, Harold Bloom, un crítico de tonelaje con su artillería conceptual y vasta erudición. Su visión edípica de la historia de la poesía, que no está tan alejada del fervor por las generaciones en boga hasta hace bien poco entre nosotros si no es por la especificación anglosajona en lo individual, sirve para explicar a Robert Browning en la resaca que siguió a la gran fiesta del siglo XIX: el romanticismo inglés de dos fases o tramos, los lakistas Wordsworth y Coleridge, y los